

La otra guerra: historia y memoria soviética ante la «Gran Guerra Patriótica»

Yuri N. Afanásiev

Cuando han cesado ya los estallidos de los fuegos artificiales y han dejado de oírse los solemnes discursos dedicados al 50 aniversario de la Victoria soviética sobre el fascismo alemán, ya se puede intentar analizar –aún provisionalmente y a grandes rasgos– qué, cómo y en nombre de quién hemos celebrado el 9 de mayo de 1995. ¿Por qué los hombres guardan memoria de las guerras? ¿Por qué observan los aniversarios de su culminación victoriosa? Siempre me ha parecido ver en ello una admonición a los descendientes: para que no olviden los horrores de la guerra, para que no quede enterrado el recuerdo de los caídos. En resumidas cuentas, para que no haya más guerra.

Precisamente este *sentimiento de duelo* y esta *idea admonitoria* han sido los más claramente ausentes en los pasados festejos. Sus organizadores quisieron que se destacara en primer plano el blandir de las armas, el redoble de tambores, la heroificación y deificación de la Victoria, el espíritu belicoso de un nuevo Estado. Como antaño, el poder rebosaba autocomplacencia: «¡Vencimos y seguiremos venciendo!» Mientras tanto, el poder actual está celebrando, de hecho, la victoria del stalinismo, que salió de la guerra aún más reforzado, aún más adverso al pueblo-vencedor. En otras palabras, persistimos los rusos en seguir aferrándonos a algo que ya han rechazado o están rechazando otros Estados más progresistas. Lo que hoy en día se observa en Rusia es propio de los países con regímenes inestables que

no han podido liberarse del todo de la herencia totalitaria, que no se han encontrado a sí mismos en el mundo moderno. Por esa misma razón la escultura de la diosa Niké, rodeada de ángeles y como pretendido símbolo del término de la época de guerra, una época de mantanzas jamás vista en la historia de la humanidad, me parece tan poco pacífica y falta de rencor.

Empecé a estudiar la historia de la Segunda Guerra Mundial profesionalmente, con mayor o menor rigor, a mediados de los ochenta, dedicándome, por entonces, al Pacto Mólotov-Ribbentrop -tristemente conocido ahora, oculto y casi sin estudiar en aquellos tiempos- acompañado de los protocolos secretos que en el año 1939 habían decidido el destino de Letonia, Lituania y Estonia. Creo que la evolución de la actitud hacia estos documentos -desde la lucha por su reconocimiento oficial hasta las consecuencias políticas y psicológicas que inevitablemente iban a surgir con tal reconocimiento- fue el reflejo de un fenómeno a escala global. Me refiero al abismo cada vez más insondable entre la Historia, como el conocimiento de lo sucedido, y la memoria, o sea, la imagen de un pasado mitificado que se ha formado en la conciencia colectiva del pueblo tras derrotar éste a los agresores a un precio inconmensurable.

Si tomamos como punto de partida los años 1987-1988, cuando, al empezar la *glasnost*, por primera vez apareció la posibilidad de hablar y escribir francamente (o casi del todo francamente, porque aún en aquellos años había que hablar y escribir de algunas materias a hurtadillas), y si comparamos esta mirada retrospectiva con *lo que* ahora se dice y escribe acerca de los mismos sucesos, obtendremos un curioso corte transversal digno de estudio y reflexión. Serían reflexiones sobre el *vertiginoso cambio* de actitud hacia acontecimientos del pasado reciente tan importantes como la Segunda Guerra Mundial; reflexiones sobre *10 profundos y radicales* que son dichos *cambios*, puesto que abarcan interpretaciones sobre las causas, carácter y resultados de tales sucesos, totalmente opuestas entre sí. Y al mismo tiempo, serían reflexiones sobre *lafuerte inercia* de los estereotipos acerca de esos sucesos, surgidos hace tiempo no sólo en la conciencia colectiva, sino en las mentes de algunos políticos e historiadores.

En relación al Pacto Mólotov-Ribbentrop, el corte a observar sería aún más interesante: las interpretaciones sobre ciertos sucesos del año 1989 hechas en Rusia y en los países bálticos, tanto antes como

ahora, nunca han coincidido, del mismo modo que ante un mismo tema siempre han surgido divergencias, por lo menos en el tiempo. Asimismo, el cuadro general nunca quedaba ni fijado ni estático durante un período prolongado, y tampoco ni aquí ni allí: a velocidades diferentes, yendo, a veces, en direcciones opuestas, la actitud hacia lo sucedido en Rusia, países bálticos y Alemania seguía cambiando. Ello confiere a la historiografía y a la interpretación política de los sucesos de agosto de 1939 un carácter ante todo dinámico y trágico.

Es increíble, pero tan sólo hace seis años (!), en 1989, unos pocos --escasos-- historiadores de Rusia y muchos especialistas de los países bálticos nos veíamos en la obligación de demostrar la misma existencia de los protocolos secretos del Pacto Mólotov-Ribbentrop, y de demostrarlo a Falin, Yákovlev, Gorbachov, o sea, a los que sabían no sólo que esos documentos existían, sino dónde se guardaban. En cambio, nosotros no teníamos más recurso que el complejo sistema de indicios indirectos.

En aquel entonces aún no había costumbre en la Unión Soviética de llamar a las cosas por su nombre. Por lo tanto, la palabra *ocupación* sólo se pronunciaba, yeso a media voz, en las repúblicas bálticas. Mientras que en Rusia prácticamente todos la veían como un intento de justificar tendencias separatistas. En cuanto a la anexión de los países bálticos --junto con la guerra de agresión contra Finlandia y la «incorporación» de Ucrania Occidental, Bielorrusia Occidental y Besarabia--, nadie en Moscú se atrevía entonces a considerar estos sucesos como *participación directa de la Unión Soviética en la Segunda Guerra Mundial* (más allá de los que eran estrictamente de la Gran Guerra Patria) *. Ahora, tras haber sido «casualmente» hallados y publicados los protocolos secretos, tras haberse conformado la conciencia colectiva de los rusos con la «traicionera separación» de las repúblicas bálticas, la *Historia* y la *memoria* se han acercado en su interpretación de los sucesos de agosto de 1939.

Se han acercado, pero no han coincidido. Ya no hay quien dude de que los protocolos existieron. Como tampoco nadie duda que los objetivos reales de la Unión Soviética fueron formulados precisamen-

* Gran Guerra Patria es el término de la historiografía soviética aceptado para el período desde el 21 de junio de 1941 hasta el 9 de mayo de 1945. (Nota del traductor.)

te en aquellos protocolos y no en los discursos públicos de Stalin. Una vez convertidos los sucesos del año 1939 en dominio de la opinión pública y de la ciencia histórica, se ha hecho difícil seguir tachando a los bálticos de «mentirosos rematados», aunque sea a regañadientes; ahora hay que reconocer que éstos han tenido razones para el separatismo. Aun así, en general, Rusia sigue considerándolos unos «desagradecidos» y hasta ahora perviven -tanto en la conciencia colectiva como en la política real- las constantes intenciones y tentativas de darles un escarmiento. Es como si se conformara con la separación de los bálticos, pero este hecho aún se percibe como una pérdida, como un menoscabo de las conquistas y anexiones hechas por los antepasados. Dicho de otro modo, la independencia de los países bálticos sigue siendo algo exterior y ajeno a los rusos. La independencia es un hecho consumado, pero no ha contribuido, de momento, a que Rusia adquiera una identidad propia.

Visto en función de su importancia para los destinos de diferentes pueblos, el acuerdo entre Mólotov y Ribbentrop no tuvo el mismo impacto sobre los países bálticos y Rusia, ni mucho menos. Para Rusia este pacto significa un hecho bien importante, pero no cardinal. Sin embargo, para los países bálticos la ocupación, la anexión, las deportaciones y la «distribución racional de las fuerzas productivas», al fin y al cabo, trocaron en una demografía trágica y una catástrofe nacional. Ello no podía sino repercutir -a menudo de manera extremadamente perjudicial- en la psicología de pueblos enteros. Creo que, en un principio, se puede comprender el obstinado anhelo de los estonios y letones de «corregir la situación» alterando radicalmente las proporciones demográficas en favor de la etnia minoritaria. Empero, con una condición imprescindible: como todos los pueblos que se consideran civilizados deben recordar que, además de los procesos históricos, existen gentes concretas y que el regulador de la vida humana ha de ser no sólo 10 racional, sino también 10 ético.

En este aspecto fueron muy reveladoras las sesiones de la comisión parlamentaria para el Pacto Mólotov-Ribbentrop presidida por Alexander Yákovlev en el I Congreso de los Diputados Populares (tuve la oportunidad de ser vicepresidente de esa comisión). Los debates del Congreso sobre el terna manifestaron claramente que este problema se percibía como si hubiera sido impuesto desde fuera, hecho que, empero, no andaba lejos de la verdad. No era un problema que quitara el sueño al Congreso mismo y los diputados no 10 daban por real-

mente importante. La mayoría de ellos consideraban semejante ataque a la doctrina historiográfica como algo raro, latentemente peligroso y hostil a sus intereses: deshacerse de este problema, dejarlo de lado, en vez de profundizar en él, ése era su deseo y no lo ocultaban. Mientras tanto, emergen sin cesar nuevos problemas que exigen con insistencia una reflexión sobre Rusia y su lugar en la Historia Universal de este siglo. Pero aún ahora, como ocurriera en aquel I Congreso, muchos seguimos considerándolos no tanto un medio para alcanzar la libertad, sino un presagio de desgracia.

De ellos, uno de los problemas más graves y dolorosos es la misma guerra, denominada Gran Guerra Patria. Aún hace poco parecía éste un tema inexpugnable, una fuente inagotable de seguridad, orgullo, grandeza. La Gran Guerra Patria, la Gran Victoria. Letras mayúsculas y llamas eternas, rituales y procesiones: todo para eternizar la sacralidad del suceso, para situarlo más allá de cualquier duda. Cómo no: el pueblo – a menudo por tal se entendía el pueblo ruso-, hace ahora medio siglo, había vuelto a confirmar su patriotismo y abnegación; el régimen, su poder e invulnerabilidad; el Estado, su grandeza.

Con el pasar de los años, tanto los hechos consabidos de la historia de esta guerra como los que acababan de hacerse públicos reclamaban insistentemente atención. Sin embargo, muchos de nosotros, hechizados por los estereotipos, seguíamos ignorando estos hechos o les dábamos una interpretación más «cómoda» y autocomplaciente. Yo mismo, por ejemplo, en 1987 aún solía referirme a los datos de los primeros días de la guerra, cuando fueron capturados y aniquilados por los alemanes más de tres millones de soldados y oficiales soviéticos. Y aunque ya entonces la envergadura y carácter trágico de estos hechos parecían increíbles, eran percibidos de manera ante todo emocional, con lo que obtenían una racionalización puramente ética. La causa de este suceso solíamos atribuirle –yo también– a la «negligencia criminal» del régimen stalinista, que hizo posible la repentina agresión de Hitler a la Unión Soviética. Hasta ahora nadie o casi nadie ha intentado entrever en esa tragedia un resultado legítimo y una consecuencia inevitable de la estrategia bélica ante la Europa capitalista y, sobre todo, contra Alemania, forjada por Stalin a lo largo de los años. Casi todos consideraban esa tragedia como consecuencia de errores triviales o descuido.

Tan sólo en nuestros tiempos, al hacerse posible una valoración imparcial de los conocidos hechos de aquellos años, al acceder los científicos y el público en general a los documentos antes totalmente inaccesibles, se ha hecho cada vez más evidente que aquella estrategia era distinta a la que representaron la ciencia y la propaganda soviéticas durante decenios. Puede que aún sea pronto para sacar conclusiones finales, ya que los investigadores sólo han tenido acceso a una minúscula parte de los documentos de la época. Cabe, pues, suponer que más adelante nos esperan descubrimientos sorprendentes. Aun así, hay algo evidente: deben analizarse con suma atención todos los datos, documentos y testimonios disponibles para esclarecer el verdadero carácter de objetivos y tareas que se planteaba la Unión Soviética en vísperas de la Segunda Guerra Mundial y justo después de su comienzo. Hay unos cuantos historiadores rusos y extranjeros que ya se han puesto a descubrir los objetivos de Stalin -los reales y no los declarados- en su proceso de definición antes de la primavera-verano de 1941.

Citaré tan sólo unas cuantas expresiones típicas de los dirigentes soviéticos antes de la guerra, aportadas ya por los dichos investigadores del patrimonio histórico. De este modo el lector comprenderá el abismo que mediaba entre los objetivos auténticos de Stalin y de su entorno y las supuestas intenciones soviéticas inmediatas a la guerra, declaradas oficialmente y posteriormente inculcadas a nosotros y a todo el mundo a lo largo del medio siglo. Ante todo, habría que buscar en los libros de V. Suvórov, *Ledokol (El rompehielos)*, que lleva por subtítulo *¿Quién empezó la Segunda Guerra Mundial?*, y *Dién «M» (El día «M»)*. La actitud de Suvórov consiste esencialmente en dar respuesta al subtítulo: la Unión Soviética. Dice el autor: «Muchos historiadores creen que, al principio, Stalin decidió firmar la paz con Hitler, pero que luego decidió preparar un ataque repentino contra Alemania. Súbitamente se me ocurrió que no se trató de dos decisiones distintas. El firmar la paz con Alemania y el decidirse definitivamente por la inevitable agresión contra Alemania forman parte de una decisión única, dos partes del mismo plan [...]. Por esa razón considero el 19 de agosto como la línea divisoria detrás de la cual la Segunda Guerra Mundial tenía que producirse fuera cual fuera la correlación de fuerzas. Si Hitler no la hubiera empezado el 1 de septiembre de 1939, Stalin habría buscado otra ocasión o, aún más, otro ejecutor que habría involucrado a Europa y a todo el mundo en la

La otra guerra: historia y memoria soviética

guerra. Este es el *quid* de mi pequeño descubrimiento»¹. De tal modo, los trabajos de la historiografía moderna, rusa y extranjera, sobre la responsabilidad soviética por el inicio de la Segunda Guerra Mundial muestran una división de principio entre los puntos de vista de sus autores. Sobre esa base se han formado dos actitudes hacia la guerra de los años 1939-1945.

De los hechos concretos anteriores a la guerra me gustaría, ante todo, destacar el texto del discurso que pronunció Stalin en la reunión del Politburó el 19 de agosto de 1939, el contenido del cual no deja lugar a dudas en cuanto a las intenciones agresivas de la dirección soviética y a su implicación directa en el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial. Estas son las frases más características del discurso: «Si firmarnos un acuerdo de asistencia mutua con Francia y Gran Bretaña, Alemania renunciará a Polonia y buscará un *modus vivendi* con las potencias occidentales. Habremos impedido la guerra, pero en el futuro los acontecimientos podían tornar un carácter peligroso para la Unión Soviética. Si aceptarnos la propuesta de firmar un pacto de no agresión con Alemania, ésta, sin duda, atacará a Polonia, haciendo inminente la intervención de Francia e Inglaterra en esa guerra. Europa Occidental se verá sumida en graves disturbios y desórdenes. En tales circunstancias tendremos muchas oportunidades de mantenernos al margen del conflicto y podremos contar con *entrar en la guerra cuando nos resulte más ventajoso* (la cursiva es mía -Y. A.-). La experiencia de los últimos veinte años demuestra que en Europa, en tiempos de paz, es imposible un movimiento comunista fuerte, lo bastante corno para que el partido bolchevique torne el poder. La dictadura de este partido tan sólo resulta posible a expensas de una *gran guerra* (la cursiva es mía -Y. A.-). Tornaremos una decisión que está ya dara. Debemos aceptar la propuesta alemana y despedir cortésmente a la misión anglo-francesa. La primera ventaja que obtendremos será la aniquilación de Polonia hasta los mismos alrededores de Varsovia, induida la Galitsia Ucrainiana»².

El comunicado sobre este discurso de Stalin, difundido por la agencia francesa Havas, fue desmentido por él mismo en el diario

¹ СУВÓРОВ, В., *Ledokol Dién «M»*, Rostov del Don, Prof-Pres, 1994, pp. 478 Y 479.

² *Novi mir*, núm. 12, 1994, p. 232.

Pravda el 30 de noviembre de 1939. Y con esa sola argumentación bastó para que dicho documento fuera clasificado como otro infundio más del enemigo (en Rusia, el supuesto discurso de Stalin no fue publicado hasta 1994 por T. S. Bushúeva)³. Sin embargo, veamos, a modo de ejemplo, cómo también Mólotov negaba rotundamente la existencia de los protocolos secretos del pacto de 1939: «Yo mismo seguía el asunto muy de cerca; de hecho, estaba encargado del mismo, así que puedo decir con seguridad que no es más que una patraña»⁴. La falsedad de muchos dirigentes soviéticos -Stalin entre ellos- es un hecho ya bien comprobado, por lo que debemos tomar el desmentido de Stalin con escepticismo. En cuanto a la autenticidad del discurso, queda confirmada no sólo por el análisis de las fuentes, sino -mucho más importante- por numerosos hechos y sucesos significativos anteriores a la guerra, así como por todo el orden de posguerra.

Existen también otros hechos, como, por ejemplo, la intervención de Stalin ante los graduados de las academias militares el 5 de mayo de 1941 y los testimonios sobre su intervención en la reunión del Consejo Militar General del 14 de mayo. Esas intervenciones -por cierto, la historiografía soviética oficial las mantuvo en silencio durante más de cincuenta años- muestran que en aquel entonces estaban modificándose o se habían modificado ya todos los preparativos para una guerra que se avecinaba claramente, y que el foco de atención volvía a centrarse, por primera vez desde el 23 de agosto de 1939 y de manera definitiva, en Alemania precisamente. Las instrucciones dadas por Stalin en esas intervenciones se reducían a la necesidad de formar a los soviéticos «con un espíritu de ataque activo, combativo, castrense, que ya era tiempo de pasar a una política militar de ofensiva»⁵.

Los acólitos de Stalin reaccionaron al instante, a menudo desconfiando aquello que tenía en su mente, pero que prefería no decir en voz alta. El 15 de mayo de 1941, interviniendo en la reunión de los profesionales del cine, A. Zhdánov, miembro del Politburó del Comi-

³ BUSHÚEVA, T. S., *op. cit.*, pp. 232-233.

⁴ *Cto sórok besed s Mólotovym. Is dnevnika F. Chúieva* [Ciento cuarenta charlas con Mólotov. Del diario de F. ChúievJ, Moscú, Terra, 1991, p. 20.

⁵ *Otiéchestvennaia istoria*, núm. 2, 1995, pp. 58 Y61.

té Central del VKP(b) *, declaró que la línea del Estado bolchevique en política internacional consistía, particularmente, en el anhelo de ampliar el frente del socialismo «por doquier, siempre que haya circunstancias favorables» ⁶. Y a comienzos de junio de 1941, al dirigirse a los participantes de la reunión del Consejo Militar General, reconoció abiertamente que «las guerras con Polonia y Finlandia no fueron guerras defensivas. Ya hemos emprendido el camino hacia la política ofensiva» ⁷.

El 20 de mayo de 1941 otro político cercano a Stalin, M. Kalinin, Presidente del Presidium del Soviet Supremo de la Unión Soviética, durante una reunión de los trabajadores de su departamento -militantes del partido y del komsomol- dijo una frase verdaderamente sacramental: «La guerra es el momento para extender el comunismo» ⁸. Otro subordinado de Stalin, A. Scherbakov, secretario del Comité Central del VKP(b), se expresó en aquellos días, como atestiguan los documentos, de manera no menos rotunda: «... aprovechando la situación internacional favorable, el país del socialismo deberá tomar la iniciativa de las acciones militares ofensivas contra el entorno capitalista a fin de ampliar el frente del socialismo» ⁹. Un informe de la Dirección General de Propaganda Política del Ejército Rojo, dirigido a los altos mandos, hablaba de lo mismo de forma aún más clara: «... son posibles las acciones ofensivas de la Unión Soviética contra unos países imperialistas que amenazan nuestra seguridad, aun cuando no se dé una situación revolucionaria en los países capitalistas» ¹⁰.

Aun así, quizá el que reflejó con la mayor precisión las declaraciones de Stalin y de su entorno inmediato, que no iban dirigidas a un círculo más o menos amplio, pero creaban unos ánimos absolutamente definidos en el ejército y en la sociedad, fue el dramaturgo Vs. Vishnevski, un hombre hartado bien informado que tenía un trato continuado con los círculos de la élite del partido, Estado y ejército.

* Partido Comunista (bolchevique) de toda la Unión (1922-1952). Antecesor de PCUS. (Nota del traductor.)

⁶ ZHDÁNOV, A., *op. cil.*, p. 61.

⁷ ZHDÁNOV, A., *op. cil.*, p. 66.

⁸ KALININ, M., *op. cil.*, p. 80.

¹¹ SCHEHBAKOV, A., *op. cil.*

¹⁰ Informe de la Dirección General de Propaganda Política del Ejército Rojo, *op. cil.*

El 14 de abril de 1941, tras un encuentro con K. Voroshílov, Vishnevski anotó en su diario: «¡Nuestra hora, el tiempo de lucha abierta, de “combates sagrados” (según la expresión de Mólotov en una de las recientes charlas), está cada vez más cerca!»¹¹. Asimismo, después del ya citado discurso de Stalin del 5 de mayo apuntó: «Hitler comprende que estamos preparando todo para darle un pescozón»¹². Teniendo en cuenta esos testimonios es difícil no llegar a la misma conclusión que M. Meltiujov y V. Nevezhin, los historiadores rusos actuales que investigan los objetivos y motivaciones de la política de Stalin en el periodo de primavera-verano de 1941: «... “La política exterior pacifista de la Unión Soviética” no era más que la campaña propagandística detrás de la cual se escudaba la dirección soviética preparando las condiciones más favorables para “demoler el capitalismo” por vía militar»¹³. Sin embargo, tales proyectos se derrumbaron, al menos en aquel entonces. La Historia había dispuesto otro camino totalmente diferente.

A este respecto, últimamente las mayores dudas las provoca el documento titulado *Consideraciones acerca del plan de despliegue estratégico de las Fuerzas Armadas de la Unión Soviética en caso de guerra con Alemania'y sus aliados*. Este documento, como se expone en uno de los últimos artículos, «es un manuscrito de quince páginas, escrito con tinta negra en folios normales para mecanografía por el general mayor A. M. Vasilevski [...]. Al pie se reserva un espacio para las respectivas firmas del Comisario del Pueblo para la Defensa de la Unión Soviética, mariscal S. K. Timoshenko, y del Jefe del Estado Mayor, general del ejército G. K. Zhúkov. Sin embargo, el documento no lleva sus firmas»¹⁴. Según otras publicaciones, este documento fue presentado por G. K. Zhúkov a la consideración de Stalin¹⁵. En Rusia, por primera vez este documento fue publicado en

¹¹ VISHNEVSKI, *op. cit.*, p. 65.

¹² VISHNEVSKI, *op. cit.*, p. 66.

¹³ MELTIUJOV, M., y NEVEZHIN, V., *op. cit.*, p. 61.

¹⁴ DANILOV, V., «Stálin'skaia strateguia nachala voíní: plani i realnost'» [La estrategia de Stalin a principios de la guerra: los proyectos y la realidad], *Otiéchestvennaia istoria*, núm. 3, 1995, pp. 34-35.

¹⁵ Hubo un proyecto del golpe preventivo. Pero Stalin lo rechazó: «Fragménti dieciat' besed voiónnogo istóricá. V. Anfílova s rnárcalom C. K. ZhúkoviIII» [Fragmentos de diez charlas del historiógrafo militar V. Anfílov con el mariscal C. K. Zúkov] *Kl'trafitl*, 15-16 de abril, 1995.

1992, en versión abreviada por N. V. Kisiliov ¹⁶, y en 1993, íntegramente por Y. A. Gorkov ¹⁷. Las únicas dudas acerca de las *Consideraciones...* se reducen, básicamente, a *cuándo, en qué fecha y por quién* fue compuesto el documento, *quién* hizo las correcciones y *cuáles* fueron éstas, si tenía carácter *operativo, vigente*, o fue elaborado sólo «por si acaso», como una de las variantes de la estrategia en la guerra que se avecinaba. En general, el documento no provoca tanta discusión como plantea nuevos problemas a los investigadores. El contenido de las *Consideraciones...* demuestra que desde la primavera de 1941 aproximadamente, la administración soviética se había reorientado de la estrategia defensiva a la preparación a gran escala de un golpe preventivo contra Alemania. Aun cuando admitamos que el documento no fue vigente por no haber sido firmado, los problemas siguen en pie: la movilización de las tropas, su concentración en la frontera occidental, el desarme de las defensas en la frontera vieja *, el traslado de los almacenes militares hacia el Oeste, la construcción intensiva de los aeródromos cerca de la frontera occidental, todo ello y muchos otros hechos y sucesos de mayo-junio del año 1941 se desarrollaron siguiendo las *Consideraciones...* al pie de la letra.

Así pues, todos los hechos —el discurso de Stalin en la reunión del Politburó del Comité Central del partido el 19 de agosto de 1939; su discurso ante los graduados de las academias militares el 5 de mayo; las declaraciones hechas en las mismas fechas por otros altos cargos (Zhdánov, Kalinin, Scherbakov) acerca de la «iniciativa de acciones militares de ofensiva contra el entorno capitalista al objeto de ampliar el frente del socialismo»; las directrices de la Dirección General de la Propaganda Política «sobre la formación política de los soldados y oficiales subalternos del Ejército Rojo en el período estival del año 1941», de 15 de mayo; las *Consideraciones acerca del plan de despliegue...*, y, finalmente, las diversas acciones reales de acuerdo con ese plan de despliegue— se rigen por la misma lógica. y si es así, los otros hechos también necesitan ser cardinalmente reconsiderados. La derrota casi plena y el encierro posterior de dos frentes: al

¹⁶ *Voiénno-isloric!wski zhurnal*, núm. 2, 1992, pp. 14-22.

¹⁷ *Nóvaia i novéichaia isloria*, núm. 3, 1993, pp. 40-45.

* La frontera anterior a la anexión de Ucrania y Bielorrusia occidentales v los estados bálticos. (Nota del traductor.)

principio, del Occidental, en julio de 1941, y, en agosto, del Sud-Occidental; la derrota de más de trescientas divisiones soviéticas, con un total de cinco millones de personas, entre el verano y el otoño; la pérdida semanal de alrededor de 30-35 divisiones; la destrucción de 3.500 aviones, 6.000 tanques, más de 20.000 piezas de artillería y morteros en tres semanas; es evidente que una catástrofe tan monstruosa no pudo tener lugar sólo por unos fallos, aunque fuesen descomunales, o por lo inesperado de la agresión, a la que se han dado explicaciones sencillas, sino por causas mucho más graves. La envergadura y el carácter de lo sucedido durante el verano y otoño de 1941 dan motivo suficiente para suponer que la agresión alemana se produjo en el preciso momento en que la Unión Soviética ya había cancelado su plan de despliegue estratégico de las tropas —el defensivo—, mientras que el otro —el ofensivo, preventivo—, aunque fuese ya vigente, no sólo estaba aún en espera de ejecución, sino que no había llegado a todos los encargados de ejecutarlo. Aquí está uno de los testimonios más palmarios: las revelaciones de K. K. Rokossovski, comandante del 9.º cuerpo motorizado de la circunscripción militar especial de Kiev: «Las órdenes que más tarde se recibieron del Estado Mayor de la circunscripción para que se enviase la artillería a polígonos de maniobras situados en zonas fronterizas y otras instrucciones igual de incongruentes, dada la situación, provocaban una incompreensión total [...]. A juzgar por la concentración de nuestra aviación en los aeródromos de primera línea y por la disposición de los almacenes de máxima importancia en línea fronteriza, parecía que se trataba de la preparación de un salto adelante, mientras que la disposición de las tropas y las medidas que se tornaban en el ejército no se correspondían con ello... En todo caso, *si hubo algún plan, no estaba adecuado a la situación que se dio al principio de la guerra*»¹⁸ (la cursiva es mía -Y. A.).

Este es el testimonio de uno de los protagonistas. Pero ahora no sólo los héroes principales de aquella guerra, no sólo los historiadores extranjeros, sino también muchos estudiosos rusos de prestigio, reconocen que en la primavera de 1941, corno muy tarde, Stalin se dispuso a propiciar un golpe preventivo contra Alemania. Más aún, las últimas publicaciones en Rusia sobre la historia de la Segunda Guerra

¹⁸ ROKOSSOVSKI, K. K., «Soldatski dolg» [El deber del soldado], *Voiénnoistoricheski zhurnal*, núm. 4, 1989, pp. 53, 54 y 55.

Mundial aducen argumentos bastante convincentes de que la «idea de un golpe preventivo contra Alemania era la única realista y justificada»¹⁹. Y todavía con mayor claridad: «Un golpe preventivo habría ahorrado millones de vidas a nuestro Estado y, probablemente, habría conducido mucho antes a esos mismos resultados políticos que el país -devastado, hambriento y helado- obtuvo en 1945, tras perder la flor y nata de la nación, al colocar la bandera de la Victoria sobre el Reichstag»²⁰. Y por si hubiera dudas, saca una conclusión definitiva: «*El mero hecho de no haber dado tal golpe*, de que no se pusiera en práctica la doctrina de ofensiva elaborada con tanto esmero por el Estado Mayor del Ejército Rojo e iniciada su aplicación en mayo-junio de 1941, *puede representar uno de los principales desastros de Stalin*»²¹ (la cursiva es mía -Y. A.).

Lo dicho no sólo cambia la imagen general que tenemos de la guerra, sino que hace reflexionar sobre fenómenos aún más globales que incluso la misma Gran Guerra Patria. Por ejemplo, si es legítimo dividir los sucesos de 1939 a 1945 entre la Segunda Guerra Mundial y la «Gran Guerra Patria». Toda la actividad de la administración soviética de los años 1939 a 1941 no fue sino la gestación y ejecución de planes agresivos de revancha «histórica», denominados «extensión del socialismo» de acuerdo con la ideología entonces al uso. Después de 1917 Rusia perdió casi todo lo que había adquirido la Rusia imperial: Polonia, Ucrania Occidental, Finlandia, Besarabia, el Báltico. Quedó alejada aún más de los estrechos del mar Negro y de los territorios del Lejano Oriente. La Unión Soviética se encontraba en un estado de aislamiento y discriminación internacionales casi completos. Apenas pudieron comprobar que la situación era favorable -por más que mínimamente-, Stalin y su entorno se lanzaron en seguida a materializar los tradicionales objetivos de la Rusia imperial, convertidos para ello en los objetivos revolucionarios de la Unión Soviética. Estos objetivos nada tenían que ver con la guerra defensiva ni con la liberación del país. Sin embargo, después del 22 de junio para la Unión Soviética el carácter de la guerra cambió radicalmente y ésta se convirtió en una contienda del pueblo, de liberación. Lo que, em-

¹⁹ SÁJAROV, A. N., «Voiná i soviétskaia diplomatia: 1939-1945» [La guerra y la diplomacia soviética: 1939-1945], *Voprosi islárii*, núm. 7, 1995, p. 38.

²⁰ SÁJIAHOV, A. N., *op. cit.*

²¹ SÁJIAHOV, A. N., *op. cit.*

pero, no afecta al hecho de que la Unión Soviética siguiera participando en la Segunda Guerra Mundial. O ¿se puede considerar todo lo sucedido entre el 22 de junio de 1941 y el 9 de mayo de 1945 como período de la Gran Guerra Patria, interno y homogéneo? Y es que con el comienzo de la campaña en Europa en el año 1944 tanto los objetivos como el carácter de la guerra sin duda volvieron a cambiar significativamente; a partir de ese punto difícilmente puede llamarse popular y de liberación, como había sido hasta entonces.

Todo ello nos obliga tanto a reconsiderar los propios sucesos como a replantearnos el papel de la Unión Soviética en la Historia Universal del siglo XX.

Un hecho histórico más; también otro aniversario: los cincuenta años desde el desembarco aliado en Normandía, celebrados hace poco. El hecho de que los dirigentes de la Federación Rusa no fueran invitados a los actos, Mijaíl Gorbachov, por ejemplo, lo juzgó como «intento de atenuar el papel decisivo de la Unión Soviética en la victoria sobre el nazismo», resaltando que esa actitud «tergiversa la verdad histórica», y asimismo acusando a Boris Yeltsin de falta de patriotismo. Así son las relaciones entre la «verdad histórica» y el ex-presidente de la Unión Soviética: en vez de intentar, mediante el conocimiento del pasado, disipar el mito y lograr una imagen más o menos adecuada de su propio papel en la Historia, tenemos de nuevo la consabida mezcla nebulosa de patriotismo y grandeza.

Al mismo tiempo, cara al «desfile de los vencedores» en Brest, no es difícil, y, por lo visto, es legítimo, establecer una secuencia con los siguientes hechos -como ocurrió en realidad-: del otoño de 1939, tras la firma del Pacto Mólotov-Ribbentrop; luego la ocupación del Báltico, Ucrania Occidental, Bielorrusia Occidental y Besarabia, en 1941; las felicitaciones de Stalin a Hitler por cada «victoria» conseguida hasta junio de 1941; los brindis en honor al *Führer*, en el Kremlin, y en términos más generales: la participación real de la Unión Soviética en la guerra del lado de Alemania contra los aliados occidentales hasta mediados de 1941. Esta concatenación anterior a la guerra podemos ampliarla con otra, la de posguerra: la anexión soviética de media Europa y la ocupación de cabezas de puente en otros continentes; los jalones de ese proceso son: Berlín (1953), Budapest (1956), Cuba (1962), Praga (1968), Afganistán (1979); algo más tarde Tbilisi, Vilna, Bakú, Moldavia (cuando Gorbachov); luego Tadzjikistán, Abjasia, Georgia, y, de otra manera, pero en la misma

línea, Azerbaidzhán, Georgia (cuando Yeltsin), y ya ahora, Chechenia.

Si no olvidamos, y si aceptarnos estas listas como «verdad histórica», ¿por qué no aprovechar la *no-invitación* a los festejos para considerar los hechos con imparcialidad? Conviene recordar que antes de la agregación alemana no estaba nada claro del lado de quién iba a intervenir la Unión Soviética. La victoria de cualquiera de las partes -ya fuera Hitler, ya fuera Stalin- en esa contienda no podía suponer sino el triunfo de uno de los regímenes totalitarios, de ninguna manera el triunfo de la libertad y la democracia. Por esa razón creo que los aliados han tenido fundamento suficiente para sentir el aniversario del desembarco de Normandía como una fiesta suya, una fiesta con significado propio: la liberación de Europa, el triunfo de la democracia.

Hablando de *qué* hemos contribuido a Europa además de la Victoria, quisiera referirme a la reciente entrevista del semanario *Literatúrnaia gazeta* con uno de los veteranos de la guerra, el poeta Yuri Levitanski, quien creo que expresa los ánimos y pensamientos más recónditos de muchos ex-combatientes:

«- Mire que yo había hecho la guerra en Checoslovaquia, en Hungría, que me veía como un liberador, amaba su cultura, posteriormente hasta llegué a participar, en cierta medida, en su vida literaria, traduda su poesía, a mí también me conocían allí, me traducirl... Pero muy pronto empecé a sentir amargura, vergüenza...

- ¿Por qué?

- Porque empecé a intuir que lo que les había traído no era libertad, sino una pizca de mi propia esclavitud. Por supuesto que los había liberado de Hitler, pero de mí mismo... ¡qué va!»²².

Sin embargo, parece que los rusos aún siguen sin sentir la necesidad de explicarse qué es, exactamente, lo que estamos celebrando. ¿Será la victoria sobre el fascismo? Pero habiendo triunfado sobre el fascismo alemán hasta ahora no hemos podido con el fascismo ruso. Quienes predicán la ideología del fascismo en la Rusia actual siguen sin encontrar obstáculo alguno y tienen el camino abierto hasta la

²² LEVITANSKI, YU, «Ya níe uchástvúiu v voíné - oná níe uchástvúiet 110 mnié» [No participo en la guerra: la guerra no participa en mí] (Charla con el poeta Yuri Levitanski), por BURIN, S., *Literatúrnaia gazeta*, 12 de abril, 1995, p. 3.

alta política. La propaganda abierta del nazismo casero, las manifestaciones fascistas autorizadas, los llamamientos a la guerra, los grupos de cosacos de reacción inmediata, el antisemitismo propagado desde las páginas de la prensa central por el diputado de la Duma Yuri Vlásov, por ejemplo... Si todo ello abunda en nuestra propia casa, ¿*acaso tenemos fundamentos suficientemente sólidos para celebrar la victoria* sobre esas mismas fuerzas adueñadas de Alemania hace más de cincuenta años?

Otra cantinela: la victoria de una gran potencia como legado y engrandecimiento de un poderoso Estado. En este caso, los motivos de celebración son aún más inconsistentes. La mortalidad casi más alta y la natalidad más baja entre los países desarrollados del mundo, una economía destrozada, una emigración masiva junto con la fuga de cerebros, enfermedades, epidemias, accidentes, catástrofes, guerras; todo ello constituye un repertorio poco adecuado para la autosuficiencia de superpotencia. Y eso que la nación derrotada en aquella guerra, tras desembarzarse paulatinamente de sus complejos, ha conseguido una democracia real y no declarada, y sigue creciendo en su interior en condiciones de vida cada vez más favorables. Y en Rusia, según preveían nuestros dirigentes actuales, debían coincidir el 9 de mayo dos victorias: la de aquel lejano 1945 y la que se iba preparando en Chechenia. Estos son los preparativos: ya han sido arrasadas las poblaciones de Grozni, Argún, Gudermes, Samashki... Decenas de miles de muertos, más de cien mil heridos, trececientos mil refugiados. El propósito de las autoridades de conseguir otra victoria para que una guerra contra su pueblo no ensombrezca la celebración de aquella que puso fin al nazismo es una señal trágica inequívoca que nos hace repetir, tras Víctor Astáfiiev: «¿Hubo realmente tal victoria?»

Como se ve, están en tela de juicio todos los períodos y sucesos principales de la Gran Guerra Patria como fenómeno de mayor envergadura de la Historia Moderna. Su inicio: sea una agresión inesperada que acarrea una cantidad de víctimas difícilmente imaginable; sea la agresión frustrada de la Unión Soviética contra Alemania y, como posible evolución de los acontecimientos, la liberación de Europa según así la entendía Stalin. Su término: la gigantesca extensión del «frente del socialismo» y un país vencedor cuya situación actual deja pocas razones reales para la celebración de la victoria. Y como principal resultado de la guerra, además del triunfo sobre el fas-

cismo, la consolidación del totalitarismo soviético dentro del país y una intensificación jamás vista de sus aspiraciones expansionistas en todo el mundo. En abril de 1945, aún no acabada la Segunda Guerra Mundial, Stalin ya pensaba y hablaba de la tercera. En la recepción de una delegación gubernamental yugoslava dijo: «La guerra está a punto de terminar, al cabo de unos quince-veinte años nos habremos recuperado y ¡volver a empezar!»²³. Tras esas palabras de Stalin, las de Jruschov –« ¡OS enterraremos!»– lanzadas desde la tribuna de la ONU, pasando por el socialismo afro-asiático y latinoamericano de Brézhnev, se abre nuestro camino de posguerra.

Así pues, no sólo está en tela de juicio la crónica de los acontecimientos y las etapas principales de la Gran Guerra Patria. Existe toda la razón, además de reconsiderar la guerra de 19:39-1945 en su calidad de suceso clave del siglo XX, para volver a reflexionar, superando la imagen soviética tradicional, sobre el papel de la Unión Soviética a lo largo de su historia desde 1917. Sin unas reflexiones profundas sobre el tema no podemos lograr la paz en Rusia, ni situar a Rusia en el mundo.

No cabe duda de que es difícil renunciar a los cómodos clichés históricos. Son demasiado los destinos personales involucrados en ellos, muchas las reminiscencias de juventud, mucho el dolor de las pérdidas. Un sello indeleble de sacralidad sigue marcando gran cantidad de hechos: millones de personas defendían a muerte el hogar de sus mayores, sus seres queridos, su patria; una tierra mutilada, destrucciones nunca vistas anteriormente, decenas de millones de muertos. Cualquier interpretación negativa de estos hechos, aun la más argumentada, puede herir –y hierde– lo estrictamente personal, la memoria individual, la memoria histórica. Pero aun con todo ello, no podemos, no debemos y simplemente no tenemos derecho a seguir siendo prisioneros de conciencia consuetudinaria que no pretende buscar la verdad histórica. De esto precisamente quería yo hablar: no puedo celebrar este aniversario con alegría y la conciencia tranquila, por más que mi vida, como la de todos mis compatriotas, se viera truncada por la Gran Guerra Patria.

Traducción: SvetLana Samárina

²³ «Rossía i mir» [Rusia y el mundo], *Uchébnaia klliga po istórii*, parte 2. Moscú, 1994, p. 211.